



OJEADA RETROSPECTIVA

Á VARIAS OBRAS FRANCESAS DE DAUDET, LOTI,
BOURGET, HUYSMANNS, ROD Y BARRÉS.

DAUDET: *Rosa y Nineta*.

TANTO se hace esperar *El desastre ó La guerra*,—así creo que se llama la última novela de Zola, que viene anunciándose desde principios del invierno sin haber salido aún formando volumen,—que en esta ojeada retrospectiva á la literatura novelesca francesa no puede figurar el nombre del que, á pesar de nuevas corrientes y nombres nuevos, sigue siendo el verdadero *maestro* de la literatura francesa.—Y á propósito de esta palabra que subrayo, he de decir que me propongo escribir unas cuantas páginas donde intentaré poner en claro qué significa el título de *maestro* otorgado á ciertos escritores. Por ahora, me basta con afirmar la maestría de Zola.

Después de Zola (aunque por un efecto puramente sentimental de simpatía, á veces se le haya antepuesto al solitario de Médan), conserva su lugar preeminente Alfonso Daudet. Cuando digo *que lo conserva*, no añado que *lo sostiene y defiende*. Si en Francia el público y la prensa fuesen tan diligentes como son aquí para husmear el olor á muerto, ya le hubiesen cantado las exequias al talento de Daudet. El descenso de las facultades intelectuales es más visible en Daudet que el de las artísticas, quizá porque estas siempre fueron de primer orden, al paso que aquellas nunca rebasaron del nivel de una mediocridad propiamente femenil, pues la disimulaba la mucha gracia, el atractivo y la intuición y listeza del autor de *Safo*. De todas suertes, las últimas obras de Alfonso Daudet son realmente inferiores á las de sus buenos tiempos, cual tienen que serlo los productos de un organismo saturado de morfina y de un sistema nervioso no ya tirante, sino roto, como encordadura de guitarra

abandonada en un rincón y que la humedad y el calor van haciendo saltar. Ríanse los escritores, á mandíbula batiente, de la inspiración que engendran los males físicos. Devuélvanle á Daudet sus hermosos treinta ó treinta y cinco años, en que no necesitaba, antes de tomar la pluma, hacer uso de la jeringuilla de Pravaz, y él nos dará *Tartarines* (del primer modelo), *Reyes expatriados*, *Numas* y otros primores.

Ahora, nos ha dado *Rosa y Nineta*.

Una de las señales más fijas, aunque menos aparentes, del decaimiento de un cerebro de escritor, es el sentar plaza de moralista no teniendo ni vocación ni aptitudes de tal. Hay escritores que nacieron con dotes de moralistas, y que al ejercitarlas consiguieron sus mejores triunfos: citaré dos ejemplos, dos temperamentos bien diferentes, uno utilitario y práctico, otro idealista: Benjamín Franklin y Alejandro Dumas, hijo. —Páreceme hasta trivial decir que el moralista y el artista se distinguen en que el se-

gundo ve colores, formas, sonidos, sentimientos y drama *como espectáculo*, donde el primero busca sólo pasiones y acciones humanas para juzgarlas según ciertas reglas ó para influir en el criterio del bien y del mal, y por consiguiente, en los hechos de la humanidad futura. El que no nace con esta predisposición y se improvisa moralista, porque en un momento dado de su existencia le hiere la desgracia y le abruman los padecimientos, ó porque toma al pié de la letra eso de la "misión," del escritor, se expone á fracasar, á empeorar la misma causa que pretende servir, —como sucede en *Rosa y Nineta*.

Nadie ignora que, en Francia, la cuestión del divorcio es una de las más debatidas, y que la han agitado principalmente Naquet y Dumas: aquél llevándola al terreno legislativo, éste al filosófico y moral. La campaña del divorcio fué una de las bases más sólidas de la popularidad y renombre de Dumas (claro está que me refiero al hijo y á él seguiré refi-

riéndome en todo este artículo). Doquiera, en Europa, se comentó el célebre "¡Mátala!", que Dumas arrojaba, como solución única y suprema, al esposo engañado, vendido, ultrajado, pero á quien las leyes del matrimonio indisoluble obligaban á permanecer ligado y adherido, como un vivo á un cuerpo muerto, á su infiel. Este ruido y este interés del público; las ideas del novelista y del autor dramático, abriéndose paso por fin hasta el templo de la ley, debieron de quitarle más de una vez el sueño á Daudet, cuya *obra* novelesca, tan fina, tan exquisita, tan hermosa, pero tan anémica del cerebro, no ha ejercido, ni podía ejercer, gran influencia social. He notado un curioso fenómeno, y es que los autores cuyas ideas (más ó menos *reflexionadas*) resbalan por la conciencia general sin conseguir penetrar en ella, van poco á poco (de los autores hablo) declarándose antagonistas de su siglo, colocando su ideal en otros, y, para decirlo pronto, haciéndose reaccionarios. Hay en el gran escritor (á

no suponerle un alma de estoico, un alma severa y pura) cierto prurito vanidoso de imprimir huella en sus contemporáneos, no sólo por virtud de lo que es realmente, por sus méritos, de gran escritor, sino también como pensador, filósofo, político, etc. Decidle al poeta más excelso, al pintor de costumbres más celebrado, que son *artistas* y nada más, y torcerán el gesto ó fulminarán rayos de ira. Hay pretensiones á que nadie renuncia, y las intelectuales figuran en primer término en la lista. Daudet, pues, habrá sentido más de una vez cierto amarguísimo resquemor, viendo al moralista Dumas apoderado de las conciencias, hecho confesor laico y médico de las almas doloridas, y sobre todo, puesto á la cabeza de un movimiento social que ya trasciende á las reformas de la legislación. Acaso Daudet diría para su almohada: "Si echo yo mi cuarto á espadas en la *cuestión del divorcio*, puede que deje tamañito á Dumas, y Daudet ha escrito *Rosa y Nineta*, y ha debido sufrir

un desengaño, porque ningún eco, ninguna resonancia tuvo su voto en la conciencia nacional.

La cuestión que Daudet arrostra en *Rosa y Nineta*, es profunda y verdaderamente social: para tratarla como se debe, no bastan ni el sentimiento y el humorismo que permiten expresar lo cómico-poético de los *Reyes expatriados* y las luchas pasionales de *Safo*, ni el ingenio ático y la finura de observación que pueden dictar una sátira tan aguda de las rutinas y chochees literarias como *El académico*: requiérense otras dotes quizá incompatibles, ó, cuando menos, muy diferentes de las que constituyen la bella personalidad artística de Alfonso Daudet. (El que quiera saber de qué género son estas dotes que á Daudet, en mi sentir, le faltan, lea el estudio de Pablo Bourget sobre el autor de *L'Homme femme*.)

No es mi propósito emitir parecer sobre la cuestión del divorcio, sino sobre *Rosa y Nineta*: no me importa ahora dar la ra-

zón á Alejandro Dumas, partidario de la solubilidad, ó á Daudet, abogado de la insolubilidad en *Rosa y Nineta*: sólo hablo del mérito de esta novela, y de su eficacia en pro de la causa que defiende; y digo que ni la novela me complace, por estar la tesis demasiado visible y entretejida con poca destreza, ni me convence, porque, en mi opinión, prueba lo contrario de lo que á probar aspira, y viene á ser demostración completa de que un hombre, colocado en la situación en que el autor coloca al héroe, no tiene más salida (profanamente hablando) que el divorcio, á no pegarse un tiro ó pegárselo á su consorte. Y prueba además la novela de Daudet, que si el divorcio fuese una costumbre ya generalizada y admitida, serían felices todos los personajes de la novela que serlo merecen, y únicamente se quedarían rabiando los malos, los estólicos y los imposibles. Como Daudet quería probar lo contrario, por eso afirmo que *Rosa y Nineta* empeora la misma causa que presume defender. Y en prueba

de mí aserto, referiré el argumento de la novela.

Régis de Fagan, escritor renombrado, acaba de divorciarse, realmente por incompatibilidad de caracteres, por *cansancio de alma*, pero habiendo combinado con su inaguantable esposa dejarse sorprender "infraganti" en brazos de una actriz, en el cuarto de un fonducho, á fin de eludir prontamente las cortapisas legales. "No se puede imaginar cosa más bufa que una pareja legítima, citándose y reuniéndose en un extremo de París, para combinar de nuevo el día y hora en que el precioso *infraganti delito* quedaría debidamente comprobado. Habíamos escogido la avenida del Observatorio, donde cae fresca y densa la sombra de los castaños, y allí no había peligro de que nadie nos sorprendiese; pero ¡nótese la ridiculez de un matrimonio próximo á divorciarse y caminando mano á mano, concertándose para obtener la libertad!" ¿No diría cualquiera que Daudet, tan radical como Dumas, aboga por el divorcio abso-

luto, á petición reiterada de uno de los cónyuges, y que reprueba la indigna farsa de las circunstancias exigidas por la ley?

Divorciado Régis, instálase en un nido de soltero, y allí el gran acontecimiento de su vida es aguardar, dos domingos de cada mes, á sus hijas Rosa y Nineta, por quienes siente, no ya el cariño natural que manda la sangre, sino una adoración idolátrica. Diríase que, pues Alfonso Daudet quiere hacer de esas niñas el recurso y el argumento contra el divorcio, las va á representar muy interesantes, simpáticas, dignas de todos los dolores del calvario que el padre infeliz sufrirá por ellas. Lejos de aparecer así, Rosa y Nineta son, durante toda la novela, un par de monstruos de egoísmo, crueldad y pequeñez; un par de criaturas malditas, que Régis, si como padre no podía renunciar á querer, como hombre inteligente y superior tampoco podía añorar tanto, tanto, que le desquiciase la vida su falta.

Desde el primer momento—desde el pri-

mer delicado almuerzo que vienen á saborear al entresuelito de Régis—comprendemos que las niñas, aleccionadas por su mamá, espían á su papá; y, sin embargo, dícenos Daudet que la ex-señora de Fagan, hasta el día del divorcio, las había tenido bastante olvidadas y postergadas, mal vestidillas y en el convento, pero desde el divorcio las mima y las peripone, á fin de que estén contentas á su lado y pierdan cariño al padre. No da muy buena idea por cierto del corazón de las niñas, ó, mejor dicho, de las mujercitas, el que habiendo sido su madre tan despegada y su padre tan tierno hasta entonces, en un mes de cambio ellas cambien también y se pongan enteramente de parte de la madre, con lujo de saña parricida. A los siete meses de divorcio, Rosa y Nineta ya exigen, en vez de los dos mil francos mensuales que Régis da de alimentos á su ex-mujer, no habiéndole mandado el tribunal dar sino mil quinientos, otra suma más fuerte. En vano Régis les hace presente que no puede, que vive de su trabajo, del

producto de su cerebro, de los trimestres de sus dramas, y que si el público empieza á cansarse de su repertorio, tendrá hasta que disminuir la pensión actual: las niñas le hacen “una escena casera, sólo que en vez de lidiar con una sola mujer, lidia con dos.” “Necesitamos trajes,” gruñen los angelitos; y su padre les arguye, y con razón: “¿Cómo, dada vuestra posición social, no os alcanzan dos mil francos al mes para andar bien vestidas?...” “Hay compromisos....” “¿Cuales?” “Una boda.” “¿Qué boda?” Y Régis añade al punto mismo: “Basta, comprendido: es vuestra mamá la que se casa... con el primo, verdad? Corriente, está en su derecho...”

¿No es cierto que sólo este episodio basta para fundar el calificativo de monstruos que he aplicado á Rosa y Nineta? ¿Qué tal unas niñas que agobian á su padre pidiéndole lo que no tiene, para adquirir moños con que asistir á la boda de su madre y del primo sigisbeo, tipo al cual debieran profesar, hasta por ley de

naturaleza, cierta inquina ó siquiera prevención, y al cual, según parece desprenderse del relato, quieren y obedecen más que á su padre mismo? Pues aún falta lo mejor.

La mamá de las dos perlitas se casa con el primo La Posterolle, que ya desde antes del divorcio mosconeaba por la casa, y, nombrado prefecto de Ajaccio, en Córcega, allá va con su nueva familia, no sin gran desesperación de Régis, que no quiere perder de vista á sus retoños. Un día, no pudiendo resistir la separación, embárcase para Ajaccio, y las criaturitas, en vez de agradecer tan tierna prueba de cariño, la primera bienvenida que le sueltan es que se largue con viento fresco, pues su presencia en Ajaccio las *compromete*, toda vez que á su mamá no la tienen allí por *divorciada*, sino por *viuda* vuelta á casar. Además, con una lógica admirable, llaman á capítulo al autor de sus días y le prohíben que piense en volverse á casar él, porque "¡mamá, es otra cosa!...",

Régis cede, se mantiene oculto, para no *comprometer*, y decide marcharse. La tormenta ruge: la mar amenaza tragarse los barcos que se fien de ella. Las criaturitas van á despedirse de su padre, y éste nota que llegan más temprano que otros días. "Es que tenemos hoy charadas representadas, un baile... Hay que retirarse pronto." "¡Hoy justamente!", Entonces se apodera de Régis un síncope moral. "A todo renunció en aquel instante: á su odio por la madre, á su pasión por las hijas. Su corazón paternal cesó de latir: fué un minuto mortal, la angustia y el supremo desasimiento de la agonía." ¡Qué mucho, si las tales niñas parecen Gonerilla y Regana, las terribles ingratas de Shakespeare!

El padre, sin embargo, no se corrige de su desdichado amor, y empuñase en ver por última vez á sus hijas vestidas para la charada. Bajo un disfraz penetra en el palacio de la prefectura, y aunque disfrazado, reconócele su amable ex-mujer, y jura tomar ejemplar venganza del *delito*;